





LOS AÑOS DE ESPERA

CHAI EDITORA

Fumiko Enchi

LOS AÑOS DE ESPERA

Traducción de MATÍAS CHIAPPE IPPOLITO

Enchi, Fumiko

Título original: *Onna Zaka*

© Del texto, albaceas de Fumiko Enchi,
1957

© De esta edición, Chai Editora, 2025

© De la traducción, Matías Chiappe
Ippolito, 2025

Diseño de tapa
Ese Estudio

Arte de tapa
Uemura Shōen

Corrección
Juan Nadalini

Diseño de colección, web e identidad
Lamas Burgariotti

Primera edición en Argentina
Marzo 2025

ISBN: 978-631-90896-0-8

Hecho el depósito que marca la ley
11.723

Austria 1840
Ciudad de Buenos Aires,
Argentina
www.chaieditora.com



I

Primeras flores

Era una tarde a comienzos de verano.

En casa de los Kusumi, que le daba la espalda al río Sumida, en el barrio de Hanakawado en Asakusa, la madre, Kin, colocó unas clemátides blancas de la enredadera del jardín sobre el suelo de una de las dos habitaciones del primer piso que había estado limpiado cuidadosamente desde la mañana. Después se dio unas palmadas en la cintura, como si pensara *bueno, ya terminé*, y bajó las escaleras oscuras.

Al pie de una ventana de varillas en una habitación de tres tatamis, justo al lado de la puerta, la hija, Toshi, enhebraba un hilo de coser en una aguja que brillaba ante la luminosidad del río que penetraba en la casa cuando vio que su madre entraba sosteniendo un papel para flores, laqueado y grueso.

—El reloj de los vecinos acaba de dar las tres. Parece que las invitadas vienen con retraso, ¿no, madre?

—¿Ya es tan tarde? Vienen de Utsunomiya en *jinrikisha*,¹ así que, aunque hayan dicho que llegarían pasado el mediodía, puede que lo hagan al anochecer.

Kin se sentó ante el brasero *hibachi* de la habitación y encendió el tabaco que quedaba dentro de su larga pipa *kiseru* de bambú.

—Estuvo trabajando mucho desde la mañana, madre, debe estar muy cansada —dijo Toshi con una sonrisa sutil. Después

1 Nota del traductor: muchas de las palabras en japonés están definidas al final de este libro en un glosario.

sacó la delgada aguja de coser que tenía entre los cabellos de su rodete doble algo desarmado y la clavó en la almohadilla roja del portaavillos. Luego desplegó la tela que estaba cosiendo, que parecía una elegante seda *hamachirimen*, la puso dentro de otro papel para envoltorio y rengueó unos pasos hasta su madre. Sintió que ella también necesitaba un descanso.

—Aunque limpie todos los días se junta tanta basura en esta casa... —soltó Kin mientras estiraba las mangas ahora desajustadas de su kimono y las sacudía obsesivamente para quitar el polvo de sus bordes negros de satén. No se lo dijo a su hija, pero estaba orgullosa de haberse subido a un banquillo para quitar todo rastro de suciedad, desde la ventanita *ranma* en lo alto de la habitación hasta las hendiduras entre las barras de madera y el dintel.

—Me pregunto para qué estará viniendo la esposa del señor Shirakawa a Tokio —dijo Toshi, menos interesada en la limpieza que su madre, mientras se frotaba el contorno de los ojos, cansados por tanta costura.

—¿Qué estás queriendo decir? —preguntó la madre desconfiada.

Kin aparentaba ser más joven de lo que era, y Toshi había pasado la edad de matrimonio sin casarse debido a su enfermedad. Más que como madre e hija, hablaban como hermanas. En ocasiones, Toshi incluso daba la impresión de ser más adulta que Kin.

—De paseo y a hacer compras. Lo dice en su carta, ¿o no? —continuó la madre.

—¿Será así? —Toshi torció la cabeza hacia un lado como si hubiera otra razón—. Me pregunto cómo puede la esposa de alguien tan importante darse el lujo de venir sin preocupaciones a hacer compras a Tokio. Shirakawa es un secretario relevante de gobierno, ¿no? ¿El que está inmediatamente debajo del jefe de la prefectura?

—Así es. Todos saben que es un hombre con mucha influencia —dijo Kin al tiempo que daba unos golpecitos a su pipa contra el borde del brasero—. Supo acomodarse muy bien en el mundo. Cuando vivía junto a nosotros y trabajaba en la gobernación de Tokio, nunca pensé que podía convertirse en alguien así. Pero bueno, ya era un hombre astuto en aquel entonces.

—*Precisamente*, madre —respondió Toshi casi como instándola a reaccionar—. Dejar a un esposo tan ocupado como el suyo y venir dos o tres meses a Tokio con su criada y su hija me resulta sumamente extraño. No es que tenga aquí la casa de sus padres ni nada por el estilo.

—Es cierto. Tanto ella como Shirakawa son oriundos de Kumamoto... Pero, entonces, ¿estás sugiriendo que...? —Kin se quedó mirando fijamente a su hija, como si no pudiera imaginar con exactitud lo que intentaba decirle—. No creo que se trate de un divorcio... No hay nada en la carta que dé indicios de eso.

—Es cierto que no hay indicios... —afirmó Toshi con un brillo profético en los ojos mientras se apoyaba la barbilla entre las manos y estas sobre el borde de madera del *hibachi*.

Aunque Kin estaba acostumbrada a las premoniciones de su joven hija renga, el hecho de que muchas veces se convirtieran en realidad le generaba una incomodidad siniestra. Se quedó mirando el rostro de Toshi como quien espera las palabras de una adivina, pero entonces la hija se alejó del brasero.

—Vaya una a saber —sentenció Toshi, inclinando la cabeza.

Una hora más tarde, la señora Tomo Shirakawa se bajó de un *jinrikisha* frente a la casa de los Kasumi junto a su hija de nueve años, Etsuko, y a su criada, Yoshi.

Después de darse un baño caliente que le habían preparado para quitarse el polvo del viaje, Tomo bajó a la habitación de tres tatamis junto a la entrada para repartir los souvenirs que había

traído para Kin y Toshi: caquis disecados y laca Aizu, típicos de Fukushima, además de telas para kimono apropiadas para cada una de sus anfitrionas.

Kin no la había visto en cuatro o cinco años y ahora, Tomo, vestida majestuosamente con un *haori* de seda negro a rayas y sentada erguida con los hombros decorados por las insignias de su familia, en una postura que hasta parecía resaltar sus pechos, tenía el inconfundible aspecto de la esposa de un funcionario del gobierno. Su frente brillante y dorada era ancha, y tanto sus ojos como su boca dejaban espacios armónicos en torno a una nariz gruesa y bien formada. Nada en ella parecía susceptible de ser alterado por las trivialidades de este mundo. Y sin embargo en sus ojos, apenas abiertos como si sus párpados pesaran muchísimo, había una suerte de impaciencia que revelaba, más bien, que contenían un exceso de emociones. Aunque ambas mujeres habían tenido un vínculo cercano durante los dos años en que la señora Shirakawa había sido su vecina en Tokio, el peso de su mirada y su imperturbable forma de hablar y de actuar siempre le habían hecho sentir a Kin una distancia inquietante. No le reprochaba ser una persona pretensiosa o malvada. Si Kin, una chica de ciudad, lo hubiera tenido que describir en pocas palabras, habría dicho que Tomo se guardaba las cosas. Pero, ahora que su esposo había escalado tantas posiciones sociales desde aquellos años de juventud, esa misma solemnidad tenía un peso nuevo y le daba un aspecto extraordinario.

Etsuko sacudió su cabello, todavía demasiado corto como para que el rodete quedara prolijo, sobre la caja de utensilios para el tabaco. Su mirada permaneció clavada todo el tiempo en la ventana de varillas y en la imagen del río, a la cual no estaba acostumbrada.

—Se ha puesto tan bella —dijo Kin sin intención de que sonara a halago, si bien los gestos del blanco rostro de Etsuko eran hermosos y definidos.

—Se parece a su padre —agregó Toshi.

En efecto, con esas mejillas tan finas y una cara y un cuello así de agraciados, Etsuko era más parecida a Shirakawa que a Tomo. Se notaba que Tomo era una madre que imponía temor; su mero llamado en voz baja —“¡Etsuko!”— hacía que la niña, acobardada, regresara inmediatamente a sentarse a su lado.

—Me sorprendió que decidieras venir. Escuché que tu marido tiene ahora una posición similar a la de un jefe de prefectura. Debe ser muy demandante incluso para su esposa.

—En absoluto, no sé nada de sus asuntos —respondió Tomo sin hacer aspavientos.

No había en sus palabras el más mínimo rastro de la fanfarronería que le achacaban los chismes al señor Shirakawa, según los cuales vivía como un *daimyō* de otros tiempos.

Hablaron sobre los lugares que se estaban poniendo de moda, sobre los cambios en los peinados desde la última vez que se habían visto, sobre esa obra de teatro *kyōgen* que se presentaba en el teatro Shintomi, entre otros temas que fueron brotando como flores en su charla.

—Ahora solo quiero disfrutar de este tiempo aquí —dijo Tomo—. Aunque... bueno... hay otro motivo que me hizo emprender este viaje...

Tomo dedicó unos instantes a acomodar una peineta roja en el cabello de Etsuko. Sus palabras habían sido tan despreocupadas que Kin no les había prestado demasiada atención. Pero le confirmaron a Toshi que la señora Shirakawa efectivamente tenía un asunto importante que resolver. En la forma de actuar de Tomo, tranquila e imperturbable, parecía haber algo inusitado que la anclaba a ese lugar.

Al día siguiente, Toshi, que casi nunca salía de casa, invitó a Etsuko a visitar el templo a Kannon como agradecimiento por

los regalos que le habían traído. La niña aceptó encantada y salieron junto a la criada Yoshi.

—Al regresar podrías comprarle un *ezōshi* o algún otro libro ilustrado en el mercado frente al templo —le dijo Kin a su hija cuando las acompañó a la puerta para despedirlas. Después subió inmediatamente las escaleras hasta el primer piso.

Tomo, sentada en la habitación, sacaba ropa de un baúl de mimbre que había traído. El cielo, con algunas nubes blancas desperdigadas aquí y allá, se reflejaba en la superficie del río más abajo y expandía una luminosidad blanquecina dentro de las habitaciones contiguas de aquel primer piso.

—¿Ya trabajando? —preguntó Kin, arrodillándose ante la entrada de la habitación en la galería de madera.

Tomo continuó su movimiento lento de guardar uno a uno los kimonos en el baúl.

—Etsuko ya está grande y me pide que traiga esto, que lleve aquello... Hace que viajar se transforme en una molestia. Claro, total no es ella la que tiene que solucionarlo... En fin. ¿Estás ocupada ahora?

Tomo dijo esto de rodillas mientras hundía el *hachijō* de seda de Etsuko en el baúl, de modo que no se veía su rostro. Kin había subido precisamente para charlar con ella, pero las palabras de Tomo le generaron una duda incómoda.

—No estoy ocupada. ¿Hay algo en lo que pueda ayudarte?

—Si estás ocupada no tiene que ser ya mismo, pero aprovechando que Etsuko salió... ven un segundo aquí, por favor —dijo Tomo, relajada como siempre, mientras apoyaba una almohadita sobre uno de los tatamis—. A decir verdad, hay un favor que me gustaría pedirte durante mi estadía.

—¿Qué sucede? Si está dentro de mis posibilidades, por supuesto que lo voy a hacer.

Kin dijo esto con firmeza, pero dentro de ella no podía imaginar lo que Tomo, con las manos prolijamente apoyadas sobre las rodillas y la cabeza inclinada, estaba por pedirle. En el rostro de Tomo, una línea delgada flotaba desde sus mejillas hasta la comisura de los labios, como si fuera una sonrisa apenas perceptible.

—Es algo bastante particular —dijo Tomo elevando el brazo para acomodarse el cabello tras la oreja. Su peinado estaba siempre arreglado, pero le molestaba tanto que un solo mechón estuviera fuera de lugar que tenía el hábito de tocárselo a cada rato.

En ese preciso momento, Kin se dio cuenta de que el asunto estaba vinculado con otra mujer. Cuando los Shirakawa eran sus vecinos, ella veía que en su casa entraban y salían mujeres, y que eso a Tomo le causaba una gran angustia. Ahora que el esposo había alcanzado una posición tan alta, estaba segura de que esas situaciones se habían vuelto más recurrentes. Sin embargo, iba en contra de la etiqueta de una persona de ciudad adentrarse en esos temas a partir de una mera suposición, así que mantuvo una expresión de duda deliberada.

—¿Qué sucede? Por favor, no vaciles en decirme.

—Bueno, dado que tengo que pedirte este favor de cualquier modo...

Otra vez una sonrisa tenue, como la de una máscara femenina de teatro *noh*, se asomó en los labios de Tomo.

—Estoy buscando una criada que podamos llevar de vuelta con nosotros. Una chica de entre quince y diecisiete años, quizá dieciocho... en lo posible de buena familia... y sí o sí debe tener rasgos muy bellos.

Al pronunciar esas últimas palabras, la sonrisa en sus labios se manifestó por completo y sus ojos, bajo sus párpados gruesos, soltaron un resplandor honesto y acorde a la situación.

—Entiendo —respondió Kin. Y al oír el tono poco sincero de su voz bajó la cabeza. Le bastaron aquellas palabras para corroborar el presentimiento que Toshi había tenido el día anterior. Soltó una larga bocanada de aire, que también podría haber sido un cabeceo o un suspiro, y solo después siguió hablando—: Supongo que cuando alguien se convierte en lo que Shirakawa se ha convertido esas cosas se tornan... necesarias, ¿no?

—Así parece. Es lo que la sociedad espera de un hombre como él.

Para Tomo lo que ella misma acababa de decir era mentira: estaba reteniendo los impulsos que brotaban de su pecho.

A su esposo se le había ocurrido la idea de traer una amante a casa aproximadamente un año antes. En diversos eventos sociales en los que siempre había alcohol, los oficiales de rango más bajo que solo buscaban complacer al señor Shirakawa le soltaban insinuaciones a Tomo del estilo “Qué raro que no necesiten una mucama en una mansión como esta”, o “El secretario es un hombre tan ocupado, señora Shirakawa, debería dejarlo cambiar de almohada de vez en cuando para que descanse mejor”. Al ver que Shirakawa, que detestaba que sus subordinados le faltaran el respeto, no reprendía a esos hombres por los comentarios imprudentes que le dirigían a su esposa, Tomo se había dicho por primera vez que su esposo los estaba utilizando para transmitirle a ella un pedido. Sabía a la perfección que Shirakawa era un mujeriego empedernido. De hecho, el amor puro que había sentido durante los años previos al matrimonio ya no existía. Sin embargo, avezado y viril, todavía le resultaba un esposo cautivante.

Nacida dentro de una familia samurái de bajo rango del clan Hosokawa, Tomo se había casado precipitadamente durante el caos previo a la Restauración de 1868 y no había obtenido la suficiente educación ni preparación que le demandaba, ahora,

lidiar con los asuntos sociales y domésticos de un esposo con una posición como la del suyo. Sin embargo, siempre severa consigo misma, había elegido ser sumamente cuidadosa con las tareas de la casa y respetar a su esposo y su hogar. Su amor y sabiduría estaban volcados a la vida diaria de los Shirakawa, cuyo centro ocupaba su marido.

Precisamente por esa razón Tomo aparentaba más años de los que en realidad tenía. No era una mujer particularmente bella, pero su aspecto promedio, al cual le dedicaba muchos cuidados, le otorgaba la apariencia física de una mujer de su edad. Sin embargo, su temperamento severo, que nacía en ella por instinto, hacía que se tomara demasiado en serio sus responsabilidades. Tampoco le gustaba ostentar esa sensualidad madura que lucían algunas mujeres. Todo esto la hacía lucir más grande. El señor Shirakawa solía sorprenderse al vislumbrar en su esposa, no a la mujer diez años menor que era, sino a una hermana mayor. Sin embargo, sabía mejor que nadie que bajo el cutis grueso de Tomo la sangre ardía como aceite en ebullición. Había momentos en que el ardor reprimido de su esposa le generaba un efecto todavía más incandescente. Le hacía acordar al sol implacable de verano que refulgía en su Kyushu central, donde habían nacido. Una noche estival, durante los años en que él todavía trabajaba en Yamagata, una pequeña serpiente se había metido dentro del mosquitero en el cual ambos dormían. Shirakawa se había despertado de golpe con la sensación de que una suerte de hilo de agua gélida le corría por la pechera de su *yukata*. Pasmado, había tocado esa cosa que serpenteaba por su pecho. Se había levantado de la cama dando un grito, y después Tomo, igualmente espantada, también se había incorporado. Tras agarrar el platito con la vela de la mesa de noche, había apuntado en dirección a su esposo y había visto una especie de cordón negro y brillante que colgaba y se retorció desde el hombro de él.

—¡Una serpiente! —había gritado el señor Shirakawa.

Medio dormida, Tomo había atrapado el cordón de un mantazo antes de que su esposo terminara de decir esas palabras. Tropezando con él, había avanzado hasta el balcón para arrojar la criatura al jardín desde la ventana abierta. El cuerpo de Tomo temblaba, pero de sus pechos, visibles a través de su ropa de noche, y de sus manos abiertas brotaba el aroma de esa vitalidad que ella se esforzaba tanto por esconder día a día.

—¿Por qué la arrojaste afuera? Me habrías dejado matarla —la había regañado él.

Había sido a partir de aquel momento, al sentir esa pasión que emanaba de su esposa, que al señor Shirakawa le empezó a resultar cada vez más difícil verla con los ojos del deseo. No podía aceptar el incómodo hecho de que ella tuviera una fortaleza superior a la suya.

—Llamarla concubina sería demasiado. Después de todo, sería una sirvienta, a tu servicio. ¿No suena bien tener en casa a una chica joven, educada y predispuesta a quien puedas encargarle lo que necesites cuando salgas a socializar? No es mi intención traer a una geisha o a alguien que pueda alterar nuestras buenas costumbres. Esta chica quedaría por completo a tu cargo. Lo que quiero es una jovencita... inocente. También dejo la búsqueda en tus manos. Con esto deberías poder cubrir los gastos.

Shirakawa le había entregado una sorprendente cantidad de dinero.

Tomo, que hasta ese momento se había desentendido siempre de lo que decía la gente, sentía que ya no podría hacerlo ante aquellas palabras de Shirakawa. Si se negaba a cumplir con esa obligación, su esposo, enojado, traería a una mujer a su casa de cualquier modo. Las palabras “dejo la búsqueda en tus manos” encerraban, nada más y nada menos, que la confianza que él

depositaba en ella y en su lugar en la familia. Aquella misteriosa confianza le había oprimido a Tomo fuertemente el pecho al llegar junto a Etsuko y Yoshi en *jinrikisha* a casa de los Kasumi, las tres contentas de visitar Tokio.

—Ya veo. Tengo una amiga sastre que suele intervenir en este tipo de asuntos, voy a preguntarle lo antes posible.

Kin no sintió demasiada empatía por el peso que atormentaba al corazón de Tomo y, como era debido, cambió de tema. Ella era hija de una familia de comerciantes de arroz de Kuramae y estaba acostumbrada a actuar siempre con aires de mujer de la gran ciudad, o de una importante familia samurái de los años del *shogunato*, así que no le sorprendía para nada que un hombre que había alcanzado cierto estatus social quisiera tener una o dos mujeres de compañía. Le parecía más bien señal de la prosperidad creciente de esa familia. Supuso entonces que Tomo estaría mitad celosa y mitad herida en su orgullo.

Por la noche, cuando Kin estaba acostada junto a Toshi, le contó sobre la situación, en voz baja y con los ojos relampagueando hacia el primer piso.

—Me da lástima —dijo la hija con voz sombría.

Kin se quedó pasmada.

—Pobre señora —continuó—. Dijiste que se había convertido en una mujer distinguida desde el último encuentro, pero su distinción proviene del sufrimiento. Me di cuenta de eso desde el momento en que se abrió nuestra puerta y vi su rostro.

—A las personas afortunadas también las persigue la desgracia —agregó Kin sin darle importancia—. De cualquier modo, quiero ayudarla a encontrar una muchacha seductora y predispuesta. Su marido dijo que, de no encontrar una joven inocente, una geisha en formación también le serviría, siempre y cuando no hubiese perdido aún su pureza...

Lejos de la residencia oficial de la prefectura, donde cada habitación era fría y silenciosa como el almacén de un templo, Etsuko estaba encantada con el primer piso de esta casa que desplegabá ante sus ojos el extenso paisaje del río Sumida y desde donde se escuchaban durante todo el día los vagos ruidos de los barcos y el susurro de las olas. Siempre que la criada Yoshi estaba ocupada, ella salía por la puerta trasera hasta el muelle y se quedaba contemplando el movimiento delicado del agua que jugueteaba bajo sus pies, a la vez que entregaba sus oídos a los gritos enérgicos de los marineros cuyos barcos avanzaban atareados.

En una de esas ocasiones, Toshi asomó su rostro pálido a través de las varillas de la ventana.

—Cuidado de no caerte, pequeña Etsuko —gritó.

También ese día Kin y Tomo habían salido juntas.

—No me va a pasar nada —respondió Etsuko sonriente.

Sobre su rostro armonioso y delgado, propio de una chica de más edad, caía la cinta roja de un encantador moño que colgaba de su cabello.

—Ven, pequeña. Tengo algo que va a gustarte.

—¡Voy! —dijo Etsuko obedientemente, mientras agitaba las mangas rojas de su kimono a rayas y regresaba en dirección a la ventana.

En un pedazo de tierra suave bajo la ventana crecían, enroscadas en cinco o seis varas de bambú, las campanillas que Kin cuidaba con mucho esmero. Vistos desde afuera, a Etsuko le pareció que el rostro de Toshi y el bordado que tenía desplegado eran distintos de cuando los había visto antes, dentro de la casa. Toshi sacó uno de sus delgados brazos a través de la ventana de varillas y agitó ante los ojos de Etsuko un monito de seda roja que sostenía entre los dedos.

—¡Qué lindo! —exclamó Etsuko, aferrándose con ambas manos a la ventana y con la mirada fija en el mono del que colgaba un piolín.

Sonreía tan feliz e inocentemente que Toshi se dijo que, aunque su madre no estuviera allí, la niña no la extrañaba.

—¿Adónde fue tu mami? —preguntó Toshi mientras la niña tironeaba del piolín.

—Tenía cosas que hacer... —respondió Etsuko.

—¿Y no la extrañas?

—Sí... —respondió, y sus ojos se llenaron de vitalidad—, pero tengo a Yoshi.

—Por supuesto, también está Yoshi... —dijo Toshi con un cabeceo—. ¿Tu mami anda igual de ocupada cuando están en tus tierras?

—¡Sí! —respondió Etsuko, enfática—. Nos visitan muchas personas.

—Oh. ¿Y tu papi también sale mucho?

—Sí, va a la oficina de la prefectura todo el día. A veces lo invitan también por las noches o viene gente a verlo a casa, así que no nos cruzamos en todo el día...

—Ya veo... ¿Y cuántas criadas tienen?

—Tres. Yoshi, Seki y Kimi. También está el cuidador de caballos y un estudiante que nos ayuda con las tareas.

—¡Qué familia tan grande tienen! No me extraña que tu mami esté tan ocupada.

Toshi detuvo la aguja y desplegó una sonrisa. Intentó imaginar a la mujer que Tomo había venido a buscar a Tokio y pensó en los cambios que traería en la vida de Etsuko.

Mientras Toshi y Etsuko conversaban, Tomo y Kin estaban reunidas con un geisha masculino llamado Zenkō en el primer piso de una casita al lado del río Uzuki, en Yanagibashi.

Kin trataba a Tomo como si fuera su ama y se mantenía permanentemente en segundo plano. Zenkō había sido vasallo de un *shogun* venido a menos, lo cual lo había transformado

en un hombre franco e inteligente, capaz de hablar con su vieja amiga Kin con un tono distinto de aquel asociado a su profesión actual.

—Por lo que me acaban de contar, va a ser bastante difícil. Pero tenemos a cuatro o cinco chicas muy bellas que pueden servirles. Van a venir en un rato.

Zenkō hizo girar entre sus dedos una delgada pipa plateada, como si no supiera bien qué hacer con ella. Se preguntó en qué clase de lugar vivía un hombre capaz de enviar a su esposa en busca de una concubina y se repitió que eran por esas cosas que detestaba las regiones del interior. Sin embargo, al ver a Tomo notó en ella algo ceremonioso, que no era ni soberbia ni obsecuencia, algo que no parecía de ningún modo fuera de lugar y que no podía ser descalificado ni ridiculizado; una suerte de orgullo por lo tradicional que también sobrevivía en él.

—De todas formas, aunque a nosotras nos parezca una buena chica, en realidad no sabemos bien cuál sería la opinión de un caballero —comentó Kin, quien tenía un buen paladar para la bebida. Devolvió a Zenkō el vasito de sake que le había servido y miró en dirección a Tomo.

—Bueno, pero no se dejen guiar innecesariamente por mí. Las estudiantes de hoy en día, por ejemplo, con su flequillo exagerado y esas sombrillas tan japonesas... me disculparán, pero yo...

—Entendemos, Hosoi-san —comentó Kin, llamando a Zenkō por su nombre de otros tiempos—. No estamos buscando una chica que venda fantasías a extranjeros. Pero estamos seguras de que habrá entre sus jovencitas alguna aprendiz de geisha que sea atractiva y digna de un *ukiyo-e* de Eisen.

—Me refiero a que yo soy demasiado directo con esas chicas y por eso me detestan.

Terminó de decir esto y se oyeron pisadas en las escaleras que conducían al entresuelo.

—Buenas noches —dijeron unas voces al entrar.

Acompañadas por una geisha mayor y de renombre, cuatro o cinco jovencitas se amontonaron y entraron juntas a la habitación.

—¿Los hicimos esperar? —preguntó la mayor a Zenkō y empezó a tocar unas notas en un *shamisen* que le entregó una de sus sirvientas desde afuera.

Zenkō les había dicho que la esposa de un importante oficial de las prefecturas quería ver una hermosa danza de geishas como recuerdo de su viaje a Tokio, de modo que les encargó, también, vestirse con prendas de *kabuki* a pesar de ser mediodía.

Finalizada una melodía introductoria, las jóvenes geishas empezaron a bailar por turnos en parejas. Aquellas que no bailaban se acercaban a Tomo, acomodaban los platos de comida y servían sake. Tomo no bebía sake, pero, sin nada más en que ocupar sus manos, sostenía el *sakazuki* ante sus labios mientras contemplaba a las bailarinas y a las jóvenes geishas que conversaban a su lado con Zenkō y Kin.

¿Tendrían catorce, quince años? Dos eran tan hermosas como una flor de ciruelo y una de cerezo, pero, entre los movimientos de baile, la primera dejó ver su mano oscura y desnutrida, mientras que a la otra se le marcaban arrugas a ambos lados de su afilada nariz cuando sonreía, algo que le daba aspecto de garza. Solo pensar que una muchacha como aquella pudiera entrar a su casa y envejecer allí le hizo sentir a Tomo, primero escalofríos, y después gratitud de que su marido le hubiese encargado a ella la elección.

Cuando las jóvenes geishas se marcharon, Tomo le contó a Kin lo que había visto. Zenkō intervino inmediatamente.

—Usted sí que tiene un buen ojo, señora.

Kin, que ya había acompañado a Tomo a buscar mujeres varias veces durante los últimos días, a veces se sentía menos sorprendida que asustada por el ojo minucioso y penetrante de su amiga. Le desconcertaba que Tomo, alguien que jamás competía con los demás ni hablaba mal a sus espaldas, pudiera, en una situación así, soltar tan livianamente ese tipo de críticas hacia otras mujeres.

Lo mismo había ocurrido con la muchacha que Oshige, de la tienda de decoraciones, les había presentado describiéndola “como su propia hija”. De facciones elegantes y hablar sereno, Kin la habría contratado de inmediato, pero Tomo había movido la cabeza hacia un costado.

—Nos dijeron que tiene dieciséis, pero tiene por lo menos dieciocho. Además, no parece lo suficientemente inexperta —había concluido con severidad.

En efecto, después se habían enterado de que la chica había tenido un amorío con el esposo de su hermana mayor, un artesano.

—Me pregunto cómo te das cuenta —le había preguntado Kin, sorprendida.

—No siempre fui así... —había sido la respuesta de Tomo. Después, tras bajar la vista, había soltado un suspiro que pareció un lamento.

Tomo había sido testigo de las diversas infidelidades del señor Shirakawa y, de esa forma, había desarrollado un ojo penetrante para observar la verdadera naturaleza de las mujeres. Kin, que siempre había tenido dificultades para comprender las obsesiones y angustias de los otros, empezaba a dilucidar, mientras acompañaba a Tomo en busca de una concubina, a qué se refería su hija Toshi al mencionar “la distinción que proviene del sufrimiento”.

Tomo estaba sentada al lado de su mesa de noche, mirando unas cuantas fotografías de mujeres, cuando Etsuko se acercó silenciosamente y empezó a observarla.

—Qué mujeres más hermosas. ¿Quiénes son, mami?

La cinta roja sobre su cabello se deslizó hacia un costado.

Tomo no respondió, pero le entregó dos o tres fotografías.

—¿Cuáles te gustan, Etsuko? —preguntó.

—A ver...

Etsuko despegó las fotos como un abanico y se las quedó mirando.

—Esta —dijo anñadadamente, y apuntó a la fotografía del centro.

Era un retrato de medio cuerpo, con fondo blanco, de una chica de catorce o quince años. Tenía los brazos cruzados y uno de esos rodetes *momoware* que estaban tan de moda. Sus pupilas, llamativamente grandes y similares a dos perlas negras, parecían querer esconderse bajo la línea de su cabello. Sacudieron el corazón de Etsuko con su belleza.

—O sea que... coincidimos —dijo Tomo sorprendida. Agarró la fotografía y le dedicó una última mirada.

—¿Quién es, mami? —preguntó Etsuko.

—Ahora no importa... igual muy pronto vas a enterarte —respondió Tomo con calma, mientras apilaba los retratos.

Habían recibido esas fotografías dos o tres días antes de parte de Zenkō Sakuragawa, el geisha de Yanagibashi.

La elección de Tomo había resultado tan difícil que, incluso pasado un mes desde su llegada a casa de Kin, no había encontrado ninguna concubina sobre la cual informarle a Shirakawa. Había escrito cartas a su esposo en las que, con dificultad, le explicaba que no iba a aceptar a nadie que no le transmitiera la sensación de que podría satisfacerlo por completo. Shirakawa

siempre le respondía que no había necesidad de apresurarse, y que era mejor tomar la decisión con la meticulosidad que el caso requería. Aun así, cuando la temporada de lluvias empezó a ceder y llegó la festividad *O-bon*, Tomo comenzó a impacientarse. Le preocupaba no solo su esposo sino también la condición de su hogar, al que no iba desde hacía tiempo.

En ese preciso momento había llegado aquella nueva comunicación de Zenkō. Junto con las fotografías, le decía a Kin que estaba convencido de que esta vez la esposa del señor Shirakawa quedaría totalmente satisfecha.

La muchacha en cuestión se llamaba Suga y era hija de un comerciante de láminas de bambú del barrio de Kokuchō. Tenía quince años y era experta en danza Nishikawa; la practicaba desde pequeña. Incluso en aquellos años, siempre que salía ante el público en los ensayos todo el mundo destacaba su belleza. Tanto su madre como su hermano mayor, ahora el jefe de la familia, tenían una excelente reputación, pero en los últimos años habían perdido mucho dinero por culpa de algunos empleados deshonestos, al punto de pensar que tal vez fuera mejor cerrar la tienda o convertir a su hija en geisha. Jamás habían considerado la posibilidad de que ella fuera la concubina de un hombre rico. Sin embargo, la maestra de baile de la muchacha era amiga de Zenkō y había oído por intermedio de él acerca del señor Shirakawa. Su madre y su hermano habían decidido ofrecer a Suga. Empezaban a pensar que un hombre como Shirakawa podía proveerle a la muchacha una vida exitosa, que no estaba condenada a terminar hundida en los negocios turbios del barrio rojo.

—Es una chica con un temperamento dócil y una piel sumamente blanca para alguien de Tokio —había dicho la maestra de danza Nishikawa—, tanto que cuando visita algún baño público es objeto de contemplación hasta para las niñas.

En dos o tres días habría un ensayo abierto en casa de la maestra de baile en el que Suga bailar \acute{a} *Ciruelos de primavera*, as \acute{i} que Tomo y Kin decidieron ir con Zenkō. Hab \acute{i} an dicho que estaban interesadas en la danza pero en realidad quer \acute{i} an observar a la muchacha. La casa de la maestra quedaba en un callej \acute{o} n que atravesaba el distrito comercial de Kokuchō. La fachada era estrecha, pero en el primer piso hab \acute{i} a un escenario de baile. Cuando Tomo y los dem \acute{a} s subieron, unas jovencitas ya estaban bailando esa famosa canci \acute{o} n llamada *Gorō* mientras la maestra tocaba el *shamisen*.

Al ver a Zenkō, la maestra, sin detener su instrumento, baj \acute{o} la mirada y sonri \acute{o} . El interior de su boca era oscuro porque sus dientes estaban te \acute{n} idos de negro, lo que resaltaba la vitalidad acuosa de sus ojos. Kin, Tomo y Zenkō hab \acute{i} an calculado el tiempo para llegar justo cuando Suga apareciera ante el p \acute{u} blico, pero como llegaron unos minutos antes se quedaron observando casualmente a las chicas que miraban el espect \acute{a} culo api \acute{n} adas en esa peque \acute{n} a habitaci \acute{o} n. Todas llevaban *yukata* informales con *obi* rojos en la cintura, pero destacaba la belleza de una chica en particular que estaba sentada cerca del borde del escenario. Mientras las dem \acute{a} s agitaban sus abanicos, ella se manten \acute{i} a firme, al parecer inmune al calor. Ten \acute{i} a una textura grande para una chica de quince a \acute{o} os y parec \acute{i} a id \acute{e} ntica a las fotograf \acute{i} as. Su piel era blanca como el papel *hōsho* y su cabello, pesado y abundante, enmarcaba un rostro n \acute{i} veo y brillantado y hac \acute{i} a que sus cejas y sus ojos resultaran n \acute{i} tidos, como si la composici \acute{o} n entera hubiese sido maquillada para lucirse en un escenario.

Sorprendida, Tomo se qued \acute{o} mirando fijamente en direcci \acute{o} n a Suga. Era bella, pero su rostro no transluc \acute{i} a ni un destello de su esp \acute{r} itu. Y, aun as \acute{i} , Tomo percibi \acute{o} que se trataba de un esp \acute{r} itu impoluto. Hablaba con sus compa $\acute{n$ eras en un tono

sumamente tenue y con la cabeza siempre baja, y al escuchar a sus interlocutoras lo hacía con una sumisión casi instintiva.

Cuando finalizó *Gorō*, la maestra entregó el *shamisen* a su asistente.

—La siguiente es Suga-san —dijo. Se puso de pie y avanzó en dirección a Tomo y a los otros dos.

Como era de esperarse, la chica, que había estado bajo la vigilancia de Tomo, caminó hacia el escenario algo rígida y con el dobladillo del kimono entre las manos.

—Es ella —les dijo la maestra a Tomo y a Kin cuando el *shamisen* comenzó a oírse otra vez de fondo—. Es tan dócil... Estoy segura de que va a poder entrenarla sin ninguna dificultad.

Era una muchacha de rasgos sumamente bellos, pero transmitía un aire melancólico, y quizá por eso, aunque había memorizado bien los pasos, su baile no se destacaba. No le gustaba mostrar sus talentos ante los demás y, aunque había aprendido a darles protagonismo a sus dotes artísticas sobre todo para beneplácito de sus padres, le habría resultado imposible vivir de ello debido a su naturaleza retraída. La bulliciosa vida de ciudad no armonizaba con su personalidad y, seguramente, su corazón estaría más alegre en un lugar tranquilo donde pudiera contemplar los campos verdes o la extensión de los ríos. La maestra dijo estas cosas poco a poco mientras observaban bailar a Suga. Agregó que la madre de la muchacha era devota de su hija y que, cuando le había contado acerca de Shirakawa y ella había comprendido que Suga tendría que irse lejos, a Fukushima, se había largado a llorar inmediatamente. La madre le había transmitido entonces a la maestra que, aunque los Shirakawa la aceptaran y decidieran llevársela, quería primero hablar con la esposa de la familia, puesto que el futuro de su hija dependería de su buena voluntad. Todo el intercambio se

había dado mayormente entre la maestra, Kin y Zenkō, pero a medida que estas palabras iban decantando en Tomo mientras observaba bailar a Suga, ella se había sentido identificada con el cariño que esa madre demostraba por su hija más que con cualquier historia sobre madres e hijas que había escuchado hasta entonces. *La hija de una madre así no debe tener grandes defectos*, pensó. *Esta muchacha seguro posee una honestidad tal*, se dijo también, *que si viene conmigo a Fukushima yo podría enseñarle lo que sea*. Tomo era apenas una amateur en la danza y no podía juzgar con precisión, pero los pesados movimientos de Suga parecían los de alguien a quien le están moviendo las extremidades desde arriba, lo que le quitaba magnificencia al baile a pesar de la correcta ejecución. *Eso también es bueno*, pensó Tomo. Detestaba las personalidades fuertes y resolutas de las mujeres que siempre la visitaban. Pero una muchacha con un rostro y un cuerpo espléndidamente jóvenes y con un corazón hundido en la melancolía... A Tomo le resultó el tipo de mujer ideal para que fuera su sombra en la casa.

—¿No le parece perfecta? —preguntó Zenkō ni bien salieron del callejón tras emprender el regreso. Dijo esto sin ánimos de pretensión, pero su tono de voz era arquetípico de un hijo de *shogun* como él.

Tomo empezó a sentir que fácilmente podría empezar a llamarlo “Hosoi-san”.

—Una muchacha así no puede convertirse en geisha. Nadie quiere a una jovencita tan deprimida —continuó Zenkō.

—Nadie, ¿verdad? Pero es tan hermosa... —comentó Kin.

—La belleza no es todo. Lo que le adelanto, señora, es que en diez años esa muchacha va a alcanzar su florecimiento máximo. Solo tenga eso en cuenta.

—Probablemente...

El cuerpo de Tomo tembló como un castaño tocado por una espada gélida recién salida de su vaina. Ya había sentido ese temblor antes, mientras Suga bailaba.

Al observar el cuerpo inocente y algo infantil de Suga sobre el escenario, su cabeza inclinada, su cuerpo curvo, sus poses variadas y encantadoras mientras representaba una historia de amor entre un hombre y una mujer, Tomo no pudo evitar preguntarse cuánto cambiaría aquella muchacha inmadura una vez que llegara a su mansión y empezara a ser entrenada por las manos expertas de Shirakawa, tan hábil en seducir mujeres. Tomo cerró los ojos y respiró hondo, pero entonces una visión de su esposo y de la joven con las piernas entrelazadas centelleó en su mente; sintió que la sangre le subía a la cabeza y abrió los ojos de vuelta como si quisiera disipar una pesadilla. Una pena profunda se apoderó de su corazón al ver el destino de aquella muchacha revoloteando ante sus ojos como una enorme mariposa, a la vez que un fervoroso torrente de celos le recorrió todo el cuerpo.

Mientras no encontraba una joven que le gustara, la impaciencia de la búsqueda había mantenido su corazón vacío, pero de repente, como si hubiera roto un largo ayuno, se adueñó de ella un hambre voraz. El dolor de tener que contemplar abiertamente cómo su marido estaría en posesión de otra mujer le quemaba el cuerpo. Para Tomo, un esposo como el suyo a quien no le preocupaba infligir tal sufrimiento a su esposa, era tan desalmado como un demonio infernal. Sin embargo, ella se había impuesto como credo de vida el servir a su marido como si fuera el mismísimo Cielo, por lo que ir en contra de las demandas que él había impuesto habría significado para ella la perdición absoluta. Además, el amor que sentía por ese hombre despiadado era todavía más fuerte que la devoción por su credo. Siempre la había atormentado la entrega sin retorno

de su amor no correspondido, pero incluso entonces no pensó ni siquiera una vez en dejar a Shirakawa. Por supuesto, el estatus y la fortuna de él, así como el futuro prometedor de su hijo mayor Michimasa, que había sido confiado a parientes en otra provincia, eran lazos que mantenían a Tomo atada. Pero, además, había en ella un propósito más profundo: lograr que su esposo comprendiera en algún momento, sin importar el sacrificio, cuáles eran sus verdaderos deseos y emociones. Sentía que nadie salvo Shirakawa podría jamás comprenderlos.

Al imaginar que otra mujer, esa muchacha llamada Suga, se entrometería entre ella y su esposo, Tomo sintió que él, que a veces ni siquiera escuchaba lo que ella decía, se alejaba hacia un lugar cada vez más distante. Le envió la foto de Suga a Shirakawa y, la misma noche en que recibió su respuesta, soñó que lo asesinaba. El sonido de sus propios gritos la despertó espantada en medio de la noche. Incluso después de retomar la conciencia sintió en sus manos apretadas la fuerza que había ejercido en sueños para ahorcarlo. Estaba tan asustada de sí misma que se irguió en el futón y se quedó un rato abrazándose el pecho.

A su lado, bajo la luz de una lámpara de papel a punto de apagarse, las mejillas suaves y rebosantes de Etsuko, que dormía plácidamente, parecían más blancas que de costumbre. El hecho de que su hija fuera tan madura para su edad le hizo sentir a Tomo que su rostro inocente era todavía más adorable mientras dormía. Tomo había hecho lo imposible por no consentirla durante la crianza, así que Etsuko había resultado una niña más acostumbrada a las sirvientas y los amigos de la familia que a su madre. La hija no podría saber, siquiera en sueños, que Tomo se había despertado de una pesadilla en medio de la noche ni que, cubierta de sudor, la estaba contemplando entre lágrimas como un manantial solitario en un desierto ardiente.

El día en que Suga y su madre visitaron la casa de los Kasumi por primera vez, Etsuko, a quien Tomo y Kin le habían dicho que Suga las acompañaría a Fukushima, se quedó pasmada y se colmó de felicidad ante la belleza de la jovencita.

—Qué hermosa es. Es la muchacha de la foto, ¿verdad? ¿Qué va a hacer en casa? —preguntó Etsuko.

—Va a ayudar a tu padre —respondió Tomo evitando la mirada de su hija.

—¿Al igual que Seki?

—Algo así.

Etsuko se dio cuenta de que, si seguía preguntando, su madre la regañaría, así que se quedó en silencio. También Yoshi, a quien Tomo había pedido que guardara estricto silencio, evitó emitir palabra acerca de Suga.

Envuelta en sentimientos contradictorios, Tomo debía hablar cara a cara con la madre de Suga. Esta, de contextura pequeña, mejillas gordas y nariz chata, no era nada similar a su hija. Parecía avergonzada por tener que entregar a Suga a cambio de dinero. Le confió a Tomo, como si ella fuera su único sostén emocional, que su hija tenía un cuerpo débil y que todavía no se había convertido en mujer.

—Pero me siento más tranquila sabiendo que estará en manos de una esposa tan buena y generosa —dijo la madre de Suga a Kin con Tomo frente a ellas—. La señora Shirakawa hasta me aseguró que, si en el futuro su esposo ya no siente interés por mi hija, hará algo al respecto.

Al escuchar a la madre de Suga hablarle a Kin con tanta franqueza mientras ella escuchaba, Tomo se prometió que, sin importar lo que ocurriera, jamás pondría a la muchacha en riesgo. Tenía que pensar incluso en la seguridad futura de aquella mujer que iba a robarle el amor de su marido. Algunas veces, Tomo se reía con tristeza de un destino tan contradictorio. En esos momentos,

sentía que se liberaba fugazmente de los lazos emocionales que la ataban y se permitía ver a su marido, a Etsuko y a Suga bajo la misma mirada contemplativa.

Una mañana, dos o tres días después del festival *O-bon*, Tomo y su grupo, Suga incluida, partieron de la casa de los Kasumi en cuatro *jinrikisha*. Suga, con el *obi* de seda atado a la cintura de sus ropas a rayas, color violeta, no se despegó de Etsuko durante toda la primera mitad del trayecto.

—Parece que la pequeña está encantada con ella. Qué bien —dijo Kin mirando a su hija, mientras se quitaba el *tasuki* de los hombros.

Toshi rengueó hasta debajo de la ventana, donde abrió la caja de costura.

—Ese Shirakawa es un hombre perverso —afirmó—. Me dan tanta lástima su esposa, su hija y Suga-san, que hasta tengo ganas de llorar. —Dicho esto, se frotó el contorno de los ojos con las yemas de los dedos y colocó el *kukedai* para el bordado entre las rodillas.

Uvas verdes

Tiempo atrás había sido una fortaleza de samuráis y señores feudales. De hecho, seguía siendo la mejor posada de Utsunomiya y muchas personas importantes que viajaban a la región se hospedaban allí. La cortina de bambú de una habitación del primer piso estaba alzada para refrescar el lugar y, adentro, dos huéspedes estaban sentados uno frente a otro ante un tablero de *go*. El que ocupaba el lugar reservado a las personalidades más importantes era Shirakawa Yukitomo, Secretario General de la prefectura alemana de Fukushima, y el otro era Ōno, un oficial a su cargo. Shirakawa era la mano derecha de Michiaki Kawashima, uno de los hombres de hierro de la oligarquía Meiji, tan temido que la sola mención su apodo —“gobernador demonio”— bastaba para hacer llorar a un niño. Shirakawa había sido, también, la punta de lanza en la ofensiva que su superior había iniciado contra el Movimiento por la Libertad y los Derechos del Pueblo, que tanto impulso había ganado en los últimos años. De Shirakawa destacaba su delgadez, al punto que incluso su elegante y ajustado kimono de cáñamo celeste, traído de Echigo, lucía holgado alrededor de su cuello esbelto. Pero, aunque ya desde sus años de escuela era consciente de que su contextura endeble solía despertar el menosprecio de otros, la luz imponente de sus ojos, que resplandecía en ocasiones específicas, revelaba una personalidad monomaniaca. A primera vista, sin embargo, Shirakawa no era más que un hombre de mediana edad, con aspecto pulcro y modesto, que no daba la impresión de ser el hombre de confianza del “gobernador demonio”.

—Así que todavía no han llegado —dijo Ōno mientras reunía las piezas negras de la partida que acababan de terminar.

Shirakawa tomó una bocanada en su pipa de plata y extrajo su reloj de oro del *obi* que rodeaba su kimono.

—Ya van a ser las cinco, seguro que llegarán pronto —dijo casi como para sí mismo—. El chico de los caballos va a encontrarse con ellas en las afueras de la ciudad, así que no van a perderse.

Parecía calmo, pero que no propusiera otra partida era prueba de que estaba expectante. Ōno movió el tablero de *go* a un costado y examinó que no hubiese quedado polvo. Sabía cuán meticuloso era Shirakawa con la limpieza.

Shirakawa había llegado el día anterior a Utsunomiya con el pretexto de contactar a la oficina de la prefectura de Tochigi, pero en realidad estaba allí esperando a que su mujer y su hija regresaran de su viaje de tres meses a Tokio. Ōno ya había escuchado a través del chico de los caballos que acompañaba a Shirakawa que el objetivo de su visita a la ciudad no era solamente encontrarse con su querida esposa y su pequeña hija.

—Dicen que es una preciosura. Pero, qué extraño que el señor haya enviado a su mujer a Tokio para que la eligiera por él —había dicho el chico de los caballos, desconcertado y con un tono inusual.

“Si Shirakawa-kun piensa seguir divirtiéndose así, va a ser mejor para la familia tener una o dos concubinas en la casa”, había escuchado Ōno de parte del gobernador Kawashima. También había escuchado, entre otros rumores, que una geisha de Fukushima se pondría al servicio de Shirakawa. Sin embargo, la idea de que un hombre hubiese enviado a su esposa hasta Tokio para buscar una amante dejaba a Ōno tan perplejo como al chico de los caballos. Se preguntó cuántas vueltas por la gigantesca capital tendría que dar la esposa de Shirakawa, tan formal y correcta, hasta encontrar a

una mujer que se desempeñara como concubina. ¿O era acaso que, al tener un hombre tan exitoso a su lado, también su mujer poseía un talento que Ōno no podía imaginar?

Justo en ese momento se oyeron unos carruajes que se detuvieron frente a la puerta de la posada, seguidos de voces de hombres y mujeres que recibían a unos recién llegados y que se mezclaban con unas pisadas veloces a lo largo del pasillo.

—Llegaron —dijo Ōno, mientras se ponía de pie y se apresuraba hacia las escaleras.

—Ella es Suga, a quien traje para que esté a tu servicio —le dijo Tomo a su esposo, e hizo pasar al frente a una muchacha que lucía un rodete a la vieja usanza.

Una hora antes, Tomo y Etsuko habían saludado velozmente a Shirakawa mientras Suga esperaba en la entrada. Finalizado el saludo, Tomo les había indicado a Suga y a su hija que se bañaran juntas; después había sentado a la jovencita frente a un espejo para peinarla, alisando cada mechón suelto. El cabello húmedo de Suga, grueso y resplandeciente como la laca, era difícil de peinar. Tomo estaba pasmada ante la blancura de ese rostro sin maquillaje, enmarcado por el negro brillante de una cabellejera que remedaba las plumas de un ave. Había elegido a aquella muchacha confiando en su intuición y le había entregado a la madre una gran cantidad de dinero; ahora debía convencer a su marido, que tenía tan buen ojo para la belleza femenina, que esta jovencita era un hallazgo inigualable. Se esforzaba entonces para que la bella Suga luciera aún más bella, mientras sus ojos iban y venían entre el reflejo de la joven en el espejo y Etsuko, que la observaba como si fuera una enorme muñeca:

—¡Qué adornos tan hermosos tiene en su cabello! —había dicho la pequeña.

—Sé que soy una muchacha inexperta, señor, pero estoy para servirle —murmuró Suga e hizo una reverencia tal y como le había enseñado su madre en Tokio. Los pliegues de la seda violeta que la cubría, casi transparente, se encogieron.

Con solo quince años, se había convertido en un sacrificio por el bien de su familia, y las únicas instrucciones que había recibido le indicaban que iría a Fukushima a servir de por vida a la familia Shirakawa, pero desconocía el tipo de servicio que tendría que ofrecer, salvo que sería la criada del señor de la casa. “Cuida de tu amo y nunca vayas contra su voluntad, pase lo que pase”, le había ordenado su madre. Ahora le resultaba aterrador imaginar el tipo de regaño que sufriría de no seguir con devoción aquel mandato. Por suerte, durante su convivencia de dos o tres días en Tokio se había hecho cercana a la joven Etsuko, de nueve años. También la tranquilizaba el hecho de haber descubierto que la esposa, aunque ceremoniosa como las mujeres del interior, no parecía ser una mala persona. Solo le quedaba conocer al más importante integrante de la familia, el marido, un renombrado funcionario de gobierno que era secretario de la prefectura, representante del gobernador o algo por el estilo, un poco mayor que su esposa y de seguro un hombre a temer. ¿Qué iba a hacer si él la regañaba a gritos? En Tokio tenía una casa a la que podía huir en esos casos, pero en Fukushima, a decenas de kilómetros del hogar, su desamparo alcanzaría niveles impensados.

—Así que eres Suga. Qué bonito nombre. ¿Cuántos años tienes?

—Quince —respondió ella con esfuerzo. Después se sentó y se quedó mirando al frente con la cara tensa, como si estuviera a punto de largarse a llorar. Sus cejas demasiado grandes y levemente caídas y sus párpados delineados, hacían recordar, bajo la luz ocre de la lámpara, al rostro de un actor sobre el escenario.

Shirakawa recordó a Imamura, aquella bellísima *oiran* de tan alta reputación que había visto desfilar de joven una noche en que los cerezos estaban florecidos en el distrito rojo de Yoshihara.

—Esta región te debe resultar solitaria viniendo de la bulliosa Tokio.

—No...

—¿Te gustan las obras de teatro?

—Sí —respondió ella, y tensó su cuerpo aún más porque creyó que había respondido de forma incorrecta.

—Igual que a Tomo —dijo él con una sonrisa—. También hay obras de teatro aquí en Fukushima. De hecho, un famoso actor llamado Tokizō vendrá pronto desde Kamigata. Te llevaré a verlo ni bien llegue.

El señor estaba de buen humor, pero cada una de sus palabras ligeras resonaban dentro de los oídos de Suga como una suerte de amenaza.

—Descansa bien esta noche —agregó él.

Suga y Etsuko encararon hacia las habitaciones, y solo entonces la joven se dio permiso para relajar el cuerpo.

—Tiene una personalidad algo sombría —le comentó Tomo a su esposo una vez que Suga hubo salido de la habitación.

Las pupilas de Shirakawa se llenaron de brillo, como cuando el agua en plena oscuridad se ve de pronto iluminada. Era la transformación que le ocurría a su rostro siempre que se sentía atraído por una mujer. Tomo se vio obligada a observar en los ojos de su esposo cómo el deseo que tan desgarradoramente feliz la había hecho en su juventud iba ahora dirigido hacia otra. Sintió el dolor y la impotencia de aquel cuya carne y cuya sangre se han convertido en alimento de los gusanos.

—¿No es bueno que sea algo retraída? En cualquier caso, será una estupenda compañera de juegos para Etsuko —dijo Shirakawa en tono indiferente.

Su mirada intensa y juguetona había perseguido la figura de Suga al salir como si hubiese querido sujetar su cintura y aferrarse a las mangas de su kimono. Los movimientos de la joven parecían los de un muchacho aún ignorante de la sexualidad de una mujer y eran iguales a los de esa Tomo de catorce años cuya madre había invitado a Shirakawa a su casa de campo. El rostro, los hombros y la cadera de Suga, tan femeninos y carnosos, hacían que aquel redescubrimiento de su pasado le resultara a él todavía más excitante. “Quiero una muchacha que pueda servir también como tu criada, así que busca a alguien lo más inexperta posible”, le había ordenado a Tomo, pero ahora se sentía casi avergonzado por el hecho de que su esposa hubiese encontrado tan obedientemente un capullo que sería más difícil de abrir de lo imaginado.

—¿Dices que sus padres tienen una tienda de láminas de bambú?

—Sí, en Kokuchō. Al parecer les iba bien, pero por culpa de un empleado deshonesto empezaron a caer en picada. Conocí a la madre y me pareció una persona honesta y agradable.

Ni bien terminó de decir esto, Tomo sintió que debía hablar con Shirakawa acerca de la cantidad enorme de dinero que le había confiado para la búsqueda de aquella muchacha. Había gastado quinientos yenes a cambio de Suga, incluidos los accesorios y la ropa que le había comprado, y antes de encontrarla había gastado otros tantos en visitar a jóvenes geishas y en madamas que le servían de intermediarias de chicas más o menos profesionales. Pero, incluso descontando esos gastos, a Tomo aún le quedaba más de la mitad del dinero que Shirakawa le había dado. En todo momento había actuado con la intención de devolverlo ni bien llegara a la posada, pero por alguna razón las palabras se le quedaron atascadas en la garganta y no pudo mover los labios. Se sonrojó con una suerte de pánico, pero

entonces Shirakawa, desentendido de lo que a ella le ocurría, aplaudió para llamar Ōno.

—Ōno-kun, trae el tablero y retomemos la partida. Mañana nos despertaremos temprano, así que Tomo ya debería irse a dormir al cuarto de abajo.

Tomo se puso de pie y, al salir, se quedó observando la corta y robusta espalda de Ōno, quien llevaba el tablero de *go* al centro de la habitación. Su esposo no la veía desde marzo, pero no le había dedicado siquiera una mirada ahora que tenía un nuevo objeto de deseo. Tomo, que recién había cumplido treinta años, sintió que su cuerpo y su espíritu se achicharraban. No sabía si la amargura que hervía en su interior era amor u odio, pero, incluso en su incerteza, la determinación por dejar que sus sentimientos se cocieran a fuego lento le dio a su rostro, mientras avanzaba lentamente por el pasillo, la apariencia calma de una máscara de teatro Noh.

A Suga, que había sido criada en Tokio, las calles de Fukushima le resultaron desiertas y los estantes en los negocios de la avenida principal, vacíos y carentes de dinamismo. La residencia de los Shirakawa estaba en el pasaje Yanagi, a cinco o seis calles de la oficina de la prefectura. Solía ser la residencia de una familia samurái y tenía una imponente entrada, tan alta como la de un templo; la galería central daba a una serie de habitaciones, cada una de diez o doce tatamis. En un jardín trasero, detrás de las puertas corredizas de papel del almacén, había una huerta de caquis, manzanas, peras y uvas que crecían entre el verde de un jardín todavía más amplio.

Lo que más le sorprendió a Tomo al regresar fue que, frente a la parra de aquel huerto, habían construido tres habitaciones contiguas, perfectamente orientadas hacia el sur para que les diera el sol y se llenaran del aroma fresco de los cipreses. Las

habitaciones estaban conectadas a la construcción principal por otra galería.

—Ni bien la señora se marchó llegaron los carpinteros... —le dijo Seki, una de las criadas, algo inquieta. Alguna vez esta mujer también le había confesado a Tomo que su relación con Shirakawa no era exactamente la de un maestro y su sirvienta.

Cuando Tomo entró en aquella construcción adyacente para echar una mirada se sorprendió al ver un tocador nuevo, cuyo espejo estaba cubierto por una tela crepé carmesí, y una pila de cofres ordenados impecablemente en la segunda de las habitaciones.

—Los futones también son nuevos —continuó Seki con una suerte de disgusto mientras abría un armario para mostrarle a Tomo.

Dentro, sobre el envoltorio *furoshiki* verde de patrones arabescos en que habían venido envueltos, había juegos de sábanas y futones de seda *kihachijō* a cuadros teñidos mediante el tradicional procedimiento *yūzen*.

—¿De quién es esta habitación? —preguntó Etsuko, quien había seguido a su madre y a la criada. Inclínaba la cabeza hacia un lado, en un gesto muy similar al que hacía su padre.

—Tu padre la construyó para leer tranquilo sus documentos oficiales —le respondió Tomo severamente y la corrió hacia un costado. No iba a permitir que eso que estaba quebrantando su existencia afectara también a su hija.

Etsuko vio en aquella actitud desesperada de su madre a un ser aterrador. Se dijo que Suga era más bella y que olía mejor que Tomo y que, incluso, la hacía más feliz, así que salió corriendo por la galería.

—¿Entonces debo armar la cama del señor aquí desde esta noche? —preguntó Seki mirando fijamente a Tomo a los ojos.

—Efectivamente.

—¿Y la señorita Suga se quedará en la habitación de al lado?

—Le voy a decir a Suga que arme su propia cama.

Con un aire de aparente triunfo, Tomo viró la mirada en dirección al jardín. Sintió una vergüenza incontenible al pensar que en el pecho de Seki ardía el mismo fuego que en el suyo. Bajo las arrugadas hojas de la parra en el huerto, alcanzó a ver a Suga y a Etsuko de pie una frente a la otra. Suga vestía un *yukata* azul oscuro y tenía una mano levantada, en un intento por arrancar un racimo de uvas verdes, quizá por insistencia de Etsuko. La luz del sol entre las ramas proyectaba unas palpitantes sombras color añil sobre el rostro pálido de Suga.

—¿Pueden comerse así, aunque estén verdes? —preguntó la joven.

—De hecho, estas uvas típicas de Occidente son absolutamente deliciosas —respondió Etsuko.

Suga arrancó varias de las gemas verdes de la parra y se llevó una a los labios.

—Son dulces, ¿no? —continuó la niña—. Esta parra nos la regaló el centro agrícola de aquí al lado.

—Pues sí... Es la primera vez que pruebo una dulzura como la de estas uvas verdes.

Sin dejar de mirarse ni de sonreírse, siguieron arrancando nuevas uvas que iban apoyando sobre sus labios de coral. Suga, que dentro de la casa daba una apariencia adulta y destacable, transmitía en aquella escena la inocencia de una compañera de juegos de Etsuko.

Al contemplar los movimientos risueños y el rostro de la joven, tan despreocupado e inocente, Tomo sintió una suerte de libertad, pero dentro de su corazón se hundía pesadamente la imagen de las sábanas y los futones de seda *kihachijō* que estaban guardados en el armario.

Era algo inmoral. Le estaba ofreciendo una jovencita, que aún debía tener ganas de jugar con muñecas, a un hombre que la superaba en edad por más de dos décadas y que vivía absolutamente entregado a otro tipo de placeres. Pero los familiares de Suga estaban al tanto de eso. Aunque no la hubiesen entregado como concubina, sabían que la jovencita jamás habría podido generar ingresos suficientes como para mantener a la familia sin ofrendar su cuerpo tierno. Ya fuera en esa casa o en otra parte, la carne inocente de Suga brillaba con tanta belleza que, tarde o temprano, terminaría por ser vulnerada. Sin embargo, así como la garganta de cualquiera reaccionaría con asco ante el sabor de un ave asesinada frente a sus ojos, Tomo sintió que estaba cometiendo un acto inmoral junto a su marido al comprar a aquella muchacha. ¿Por qué había aceptado hacer algo tan cruel y cercano a la esclavitud?

Al contemplar la piel gélida de Suga, dueña de la misma luz que suele reflejar la nieve recién caída, y sus pupilas húmedas, que se nublaban por alguna preocupación inexplicable como dentro de una oscuridad infinita, a Tomo le costó decidir si lo que sentía era la compasión inevitable ante un animal bello a punto de ser sacrificado o el resentimiento ante una muchacha inocente que, quizás, algún día llegaría a enloquecer hasta convertirse en un monstruo capaz de devorar a su esposo.

A partir del día siguiente de su regreso a Fukushima, un sastre de la tienda Marui empezó a visitar al señor Shirakawa prácticamente cada tarde, trayendo consigo una pila de ropa para mostrar en la sala principal de la casa. Llegaba cuando Shirakawa volvía de la oficina de la prefectura, como para que el señor pudiera examinar las coloridas prendas desplegadas sobre los diez tatamis de la habitación y elegir aquellas que más le gustaban. Shirakawa también compraba para Tomo y para Etsuko, pero su

verdadero propósito era acumular ropa nueva para Suga. Compró mucha, como si se tratara de una recién casada: kimonos de verano e invierno con distintas insignias y patrones en la falda, fajas *shuchin* de raso con bordados en relieve, vestidos de seda Akashi y de algodón de alta calidad, de gasa y de crepé, e incluso ropa interior larga y liviana.

Suga, que acababa de llegar a la casa y ya recibía el trato de una invitada especial sin haber cumplido aún recado alguno, se sentía más extrañada que feliz de poder vestirse con aquellas prendas. Cada vez que lo hacía, sin embargo, se encendía con mayor fuerza en los ojos de Shirakawa aquel brillo similar al del agua oscura súbitamente iluminada.

—Suga, ponte este kimono de seda violeta sobre los hombros y aquel *obi* de lunares a ver si combinan —le ordenaba, por ejemplo, Shirakawa, con las mejillas encendidas como cuando estaba enojado y sus ojos ardían con una luminosidad inusualmente infantil y refulgente.

Entre tímida y nerviosa, aunque con la destreza de una muchacha de los barrios bajos de Tokio acostumbrada a cambiar su ropa de baile, Suga se ponía el kimono de delgadas mangas violeta y se ajustaba el *obi* a la cintura. Parecía la viva imagen de aquellas bellas mujeres que Kobayashi Kiyochika retrataba con sus característicos colores intensos.

Sentados a un costado, el sastre de Marui y las criadas soltaban elogios, casi como si no pudieran contener los suspiros, pero quien más feliz parecía era Etsuko.

—¡Qué belleza, qué belleza! —decía dando vueltas alrededor de Suga.

Con su rostro siempre blanco y esbelto, como el de la princesa Hinazuru, Etsuko lucía más refinada que de costumbre cuando estaba junto a ese capullo de peonía que era Suga. Eso también le generaba satisfacción a Shirakawa.

—Un patrón de tréboles con fondo blanco le quedaría bien a Etsuko —dijo Shirakawa en dirección a Tomo—. Con una faja de satén bordada.

La actitud sobresaltada de Shirakawa y la ausencia de vergüenza de Suga a pesar de su timidez innata le confirmaban a Tomo que su esposo aún no había posado su mano en la muchacha. Al parecer, Shirakawa consideraba que acercarse a una joven veinte años menor requería de una técnica mucho más excepcional que aquella que solía usar con geishas y concubinas. Vestir a aquella chica pobre con las prendas más elegantes era seguramente uno de los métodos que le permitirían encender su corazón. Observándolo a través del rabillo del ojo, Tomo recordó aquella vez, años atrás, en la que su esposo había seleccionado cuidadosamente adornos para el cabello, collares y otros accesorios y los había enviado a su joven esposa, que lo esperaba en la prefectura.

Shirakawa mantuvo su palabra de llevar a Suga a ver una obra de teatro. De hecho, toda la familia, incluidas Tomo, Etsuko y dos o tres criadas, solía aparecer casi todas las noches en uno de los palcos del Chitoseza, el único teatro de Fukushima.

—Dicen que aquella es una amante que ha venido a quedarse en casa del secretario de la prefectura. Su rostro bien podría ser el de una muñeca en una paleta de *hagoita*, ¿no creen?

La apariencia veraniega de Suga con su vestido escarlata a lunares era tan espectacular que todos en el teatro y hasta los actores en los camarines murmuraban ese tipo de cosas.

—Un tipo como Shirakawa, que permite a una prostituta vivir rodeada de tanto esplendor y tanta ostentación, a la vez que oprime los libres derechos del pueblo, merece ser llamado un zángano del Estado.

Los hombres fuertes del Partido Liberal y los detractores de Shirakawa, quienes solían sufrir redadas en sus reuniones

secretas y cuyos líderes eran arrestados una y otra vez, cerraban los puños con fuerza y apretaban los dientes con solo ver a Suga. Por supuesto, ni ella ni Etsuko se percataban de que recibían esas miradas rebosantes de odio. Incluso Tomo creía obedientemente en aquello que le habían dicho su marido y la esposa del gobernador de la prefectura: que cualquier persona que se oponía a un funcionario que gobernaba siguiendo la ley del Emperador y que incitaba al pueblo en nombre de “la libertad y de los derechos civiles” era un sinvergüenza que debía sufrir el mismo castigo que un agitador o un ladrón. Tomo sentía que el Emperador y las autoridades le ocasionaban una opresión inexplicable, tan pesada como lo que le habían enseñado sobre que la moral era el camino adecuado por ser mujer; es decir, cumplir los mandatos de su esposo sin importar cuán poco razonables le parecieran. Había nacido en una zona rural de Kyūshū en los últimos años del período feudal y apenas sabía leer y escribir, de modo que no tenía otra forma de defenderse más que esa moralidad preestablecida.

El programa del teatro cambiaba diariamente. Una noche, cuando ingresaron al palco y descubrieron qué obra se presentaba, Etsuko empezó a gritar: “¡Qué miedo, qué miedo!”. Se llamaba *Yotsuya Kaidan* y narraba la historia de una fantasma vengativa. Era una de las favoritas de todos durante los veranos, cuando el público disfrutaba más de ver cosas espeluznantes, como el doble panel del decorado de fondo de donde emergía el personaje de la joven Oiwa o las lámparas de papel con rostros fantasmales.

—No se asuste, señorita. Cerremos los ojos juntas cuando aparezcan los fantasmas.

A pesar de su timidez característica, Suga no parecía asustada en lo más mínimo. Ella y Etsuko se arrodillaron y se quedaron mirando la obra atentamente. Fue en ese momento que Tomo se dio cuenta de que Suga era una mujer fuerte.

A la escena inicial la sucedió aquella que transcurre en el templo de Kan'on, en Asakusa, y luego esa otra en que asesinan al padre de Oiwa. Cuando llegó el momento en que a Oiwa se le cae el cabello mientras se peina, la atención de Tomo estaba completamente enfocada en la obra, y ya no miraba otra cosa que no fuera el escenario.

Dueña de un rostro hermoso a pesar de las marcas de nacimiento, Oiwa estaba sentada delante de un mosquitero amarillo, con un recién nacido en brazos. Se lamentaba de su destino desdichado: que su esposo la hubiera traicionado luego del nacimiento del niño y que su cuerpo estuviera ahora tan debilitado. Se repetía, en vano, que le habría gustado darle a su hermana menor el peine que tiempo atrás le había regalado su madre. Iemon, su esposo, se había enamorado de una vecina y quería deshacerse de ella. Para asegurarse de que a Iemon no le quedaran sentimientos por su esposa, la familia vecina, diciéndole que se trataba de un remedio que curaría sus marcas de nacimiento, le había enviado a Oiwa un veneno que la deformaría por completo. Ella, siempre inocente y sin darse cuenta de nada, había bebido el supuesto remedio cada día tal y como le habían indicado.

Mientras miraba la escena, Tomo sintió una angustia que pareció estrujarla, incluso tuvo que cerrar los ojos en varias ocasiones para contener el hervor de la sangre dentro de su cuerpo. Sintió que el destino de Oiwa, alguien que había confiado plenamente en otras personas y, sin embargo, había sido traicionada, no era el de una desconocida. Le pareció que la obra hablaba de cómo el amor entre un hombre y una mujer, tras alcanzar un punto máximo de ebullición, empezaba a enfriarse hasta convertirse en un infierno congelado. Le fue inevitable y sencillo hacer un paralelismo entre Suga y Oume, quien robaba el amor de Iemon en la obra; también entre él, tan despiadado y

atractivo para las mujeres, y Shirakawa; por último, se comparó con Oiwa, a quien el rencor de haber sido cruelmente traicionada terminaba por convertir en un *onryō*, un espíritu vengativo. Absolutamente concentrada, Tomo siguió mirando las diversas escenas en que el fantasma de Oiwa se cobraba su severa e implacable venganza. Etsuko, que antes había gritado “¡Qué miedo, qué miedo!” y se había cubierto los ojos con su pequeña mano, ahora tenía la cabeza apoyada sobre las rodillas de Suga y dormía de forma plácida. Cuando finalizó la obra, Tomo cargó su cuerpo inerte y pesado, y lo llevó en brazos hasta el carruaje.

La refrescante brisa de la noche de verano permeó dentro del carruaje. Como si quisiera protegerla incluso en sueños, Tomo mantuvo la mirada fija en el pequeño rostro de muñeca de Etsuko, que dormía cándidamente sobre su regazo, presionando su rodete contra el cuerpo de su madre. El rostro de Machimasa, el hermano mayor de Etsuko, que había sido enviado a la casa de un pariente del interior, también centelleó en la mente de Tomo. No debía convertirse en Oiwa. Aunque quisiera adueñarse de su cuerpo una locura cientos de veces más fuerte que la de Oiwa, abrazaría a Etsuko como si fuera una ferviente plegaria. ¿Qué sería de estos niños si su madre se volviera loca?

Aunque le había dicho a Seki, con orgullo, que aceptaba las nuevas disposiciones de la casa, Tomo siguió armando la cama de su esposo cada noche en su habitación en caso de que él quisiera regresar. Cuando las criadas terminaban de disponer la suya, ella preparaba a solas la de él, y se levantaba temprano en la mañana para desarmarla antes de que alguien la viera. La cama de su esposo, sin embargo, amanecía fría y armada, cada mañana, junto a la suya.

Una noche en que llegó inusualmente tarde, Shirakawa entró en el cuarto de Tomo y no en el ala nueva de la casa.

—Dejemos dormir a las mujeres... y trae sake —dijo con los ojos llenos de sangre y la frente veteada por venas azules.

Era raro que Shirakawa, a quien no le gustaba el alcohol, le hiciera ese pedido a aquellas horas de la noche.

—Tomo —dijo, levantando una de las mangas de su ropa para mostrarle el brazo.

La parte superior del brazo izquierdo estaba envuelta en una venda de la cual chorreaba sangre. Tomo se quedó estática, con la botellita para calentar sake en una mano.

—¿Qué te pasó?

—Allanamos una reunión secreta del Partido Liberal... Arrestamos a diez personas, pero los que escaparon me atacaron cuando volvía... Estoy bien. Mejor que haya sido mi brazo izquierdo que el derecho.

La voz de Shirakawa era estridente. Cuando intentó reír, sus mejillas se tensaron.

Era un contrincante formidable. ¿Cómo había logrado regresar sin que lo mataran? El hecho de que hubiera venido con ella y no con Suga hizo que la botellita de sake temblara entre las manos de Tomo.

—Me alegra que estés bien —le dijo tartamudeando y sorprendida mientras lo miraba fijo.

Los ojos de Shirakawa brillaban con una luz penetrante. Bebió de un sorbo su vasito de sake y, como si quisiera arrastrarla desafiando su voluntad, tironeó de Tomo con el brazo derecho. El zarandeo le desarmó el peinado y le aplastó el rostro contra el pecho de su esposo, tras lo cual perdió el equilibrio y todo su cuerpo se contrajo sobre el de él. El sake de la botellita se desparrramó sobre el pecho de Shirakawa, y entonces él, envuelto en el olor del alcohol fermentado, levantó el rostro de Tomo y lamió el líquido de sus labios como si fuera a morderlos.

Al amanecer, Shirakawa regresó a su habitación en el ala nueva de la casa. No le había dicho palabra alguna a Tomo acerca de su vínculo con Suga, pero, mientras su esposo regresaba solo, Tomo se mordió los labios y se preguntó si él sentiría temor de soltar sus feroces y sangrientos deseos en la joven Suga, a quien seguramente aún no había poseído. Sin embargo, que ella misma sí hubiese entregado su pasión a un esposo que, incluso luego de que ella lo ayudara tras el ataque, la menospreciaba y la tomaba como objeto de burla, le generó tanto odio que sintió que podría haberle arrancado el rostro a mordidas.

Los periódicos del día siguiente informaron que, tras liderar una redada en una reunión secreta del Partido Liberal, el Secretario de la Prefectura, Shirakawa, había sido atacado por varios afiliados. Las heridas del secretario no eran severas, pero él le había disparado a uno de los partidarios y lo había matado. Shirakawa no le había contado a su esposa que aquella noche había usado su pistola, Tomo se sintió destrozada al comprender que había acudido a ella por primera vez en meses para lidiar con la excitación homicida que recorría su cuerpo y su mente tras haber matado a alguien.

Durante un tiempo, aquel fue el único tema sobre el cual se hablaba en la oficina de la prefectura, y en toda la ciudad. Tomo no pudo evitar ver un tinte, no de miedo, sino de inocente admiración en los ojos de Suga mientras comentaba el hecho con Etsuko. Conversaban en la galería al tiempo que jugaban con un cordel rojo que se iban pasando de una mano hermosa a la otra.

—Creo que el señor es increíble —dijo Suga.

—¿Por qué, Suga-chan? —preguntó Etsuko.

—La otra noche se enfrentó a una situación muy peligrosa y no me dijo nada al respecto. A la mañana siguiente lo vi lavarse la cara de forma extraña, usando una sola mano para meter la

toalla dentro del agua. Le pregunté qué le ocurría, pero solo se rio y me dijo que tenía un calambre en el hombro, sin mencionar la herida.

—¿Crees que no le dolía?

—Estoy segura que sí. Esta mañana lo ayudé a cambiarse la venda, y tenía una herida de este tamaño.

Suga levantó sus cejas relucientes y, tomando el cordel entre los dedos, lo separó unos seis centímetros. Etsuko se quedó pensando en el dolor que debía ocasionar una herida así, y se sintió feliz de que su padre no hubiera muerto. Pero a Suga no le alcanzaba con eso para describir lo ocurrido.

—Dicen que un hombre verdadero no muestra su dolor ni su pesar... Que el señor se haya guardado todo para él es sencillamente... increíble.

Mientras tejía en su cuarto, Tomo observaba llena de frustración cómo Suga, quien por lo general se mantenía callada, transmitía con sus palabras esa admiración incauta. Los ojos de ensueño y el cuerpo delicadamente redondeado de Suga ya no irradiaban la falta de naturalidad y la rigidez de cuando había llegado; Tomo percibió, en cambio, una vitalidad aniñada que bien podría haber sido la de Etsuko. Le había llevado a Shirakawa más de un mes relajar a Suga y desatar sus ataduras. Era cierto que no se había adueñado de su cuerpo, pero para eso le faltaba apenas un paso. Suga, que ya se sentía extrañamente atraída por Shirakawa, quien la consentía y le brindaba tanto afecto como un padre, se derretía ahora de alegría al descubrir a un nuevo y valiente señor en medio de una niebla que empezaba a disiparse. El brote del amor ya germinaba dentro suyo. Y, como la gema verde del capullo de una peonía aún tierna que se tiñe de rojo una mañana cualquiera, así se empezó a transformar el color de Suga. Eso hizo temblar a Tomo; percibió en su propio cuerpo el roce sutil de Shirakawa sobre la

mujer que ahora estaba atada a él, y una sensación mortificante le recorrió el cuerpo. No había sido el toque de Suga la causa de ese efecto.

Acosada por saber cuándo y cómo Suga se entregaría finalmente a Shirakawa, Tomo no había vuelto a conciliar el sueño desde aquella visita a su habitación, después del ataque. Algunas veces, cuando ya no podía soportar el insomnio, se levantaba y miraba a través de las persianas para asegurarse de que Etsuko estuviera durmiendo. Los rayos de la luna deambulaban sobre el césped humedecido por el rocío de otoño, y el reflejo débil de una lámpara que llegaba desde el ala nueva de la casa flotaba también en el jardín. Mientras se preguntaba si aquella luz brillaría también sobre las sábanas y los futones amarillos de *hachijō* y sobre los hombros envueltos en un camisón violeta, Tomo se sintió como una serpiente que alzaba su cuerpo en medio de ese tenue resplandor para espiar a su esposo y a Suga. Luego, medio dormida, se llevó las manos al pecho y, con los ojos fuertemente cerrados y moviendo los labios en lo que pareció un grito al borde de la muerte, soltó, para nadie en particular: “¡Ayúdenme, ayúdenme!”. Desde entonces, muchas veces se soñaba dentro de un barco, en medio de una tormenta violenta, sacudida de un lado a otro y sin poder respirar.

Cierta mañana, Suga se quedó en cama porque dijo que le dolía la cabeza. Etsuko llegó de la escuela y, llevando consigo papel de *origami*, entró a la primera de las habitaciones del ala nueva de la casa.

—Señorita... —alcanzó a decir Suga algo contenta mientras levantaba la cabeza de las sábanas. Tenía los párpados hinchados, como si estuvieran llenos de agua.

—Hoy veo algo distinto en tus ojos —dijo Etsuko como si nada.

Suga se sonrojó y se cubrió el rostro con las manos. Sintió que Etsuko había visto el incidente de la noche anterior. Tras separarse de sus padres, Suga había empezado a sentir una profunda e incontenible necesidad de entregarse a alguien, y Shirakawa se había convertido en esa persona de confianza. Pero a todo asombro le solía sobrevenir otro, y a toda vergüenza, una peor. No podía ponerlo en palabras, pero después de lo de la noche anterior ya no experimentaba la misma sensación de florecimiento físico o mental, sino un marchitamiento a causa de una tristeza que la había dañado y ultrajado. Incluso sentía rencor hacia sus padres, que le habían dicho: “Nunca le llesves la contra a tu señor”. La desgarradora verdad de que habían vendido su cuerpo había empezado a brotar en el rostro de Suga.

Cuando levantó su mirada pensativa hacia Etsuko y vio el rostro blanco y delgado de la niña, muy parecido al de Shirakawa, tan fresco y hermoso que parecía capaz de levantar vuelo, sintió una vaga hostilidad hacia ella, pero no consiguió entender por qué. Por pedido de Etsuko, Suga fue plegando uno a uno los coloridos papeles de *origami* para darles las formas que la niña exigía —“¡Una grulla!”, “¡Un cofre!”, “¡Un guardián!”—, mientras pensaba que hasta el día anterior había sido una joven inocente capaz de disfrutar de pasatiempos tan simples con aquellos.

Tras haber posado sus manos finalmente en ella, los sentimientos tiernos de Shirakawa comenzaron a transformarse en una suerte de obsesión. Siempre había tenido plena confianza en su habilidad con las mujeres, fueran geishas o mujeres comunes, pero al verse adorado como un padre por una jovencita como Suga, y más allá de lo que murmuraran al respecto a sus espaldas, se sintió rejuvenecido, como si se hubiera casado por segunda vez, y cada mañana parecía brillar para él con más intensidad.

Un día de vacaciones, Shirakawa fue con Suga a las aguas termales de Iizaka. Llevó consigo a sus vasallos y a la cocinera de la taberna. Allí todos se refirieron a Suga como “la nueva esposa del señor”, y él incluso le permitió actuar y hablar sin preocuparse por lo que pensarán los demás. Con cada nuevo viaje a las aguas termales, Suga terminó de abrirse hasta convertirse en una peonía florecida y llena pétalos; se intensificaron sus colores y aromas hasta que no quedó ya casi nada de la criada delicada y tímida que había llegado originalmente a casa de los Shirakawa.

Una vez entregado en sueño y en vigilia a Suga, Shirakawa no volvió a poner pie dentro del cuarto de Tomo. Ella, por su parte, ya no pudo aguantar la angustia que le producía armar la cama de su esposo al lado de la suya sin que nadie supiera.

Solía decirse que Shirakawa, tan dedicado a sus pasatiempos, había estado excesivamente ocupado como para tener otros hijos además de Michimasa y Etsuko. A Tomo, sin embargo, le horrorizaba pensar qué pasaría si Suga llegaba a quedar embarazada. Entre ella y su esposo se había abierto una grieta profunda que ninguno había imaginado posible cuando planearon traer a Suga a su casa. Ahora sabían que esa grieta se ensancharía cada día un poco más. Tomo incluso comprendió, con culpa, por qué al llegar desde Tokio a la posada en Utsunomiya no había podido hablarle con franqueza a su esposo sobre el dinero que él le había entregado. Honesta como era con todos, jamás le había guardado secreto alguno a su marido, menos aún en lo referido al dinero. Siempre había despreciado a aquellas mujeres sinvergüenzas que mantenían en secreto las ganancias de sus esposos. Cuando se dio cuenta de que ella se había rebajado al nivel de esas mujeres, se sintió triste, pero también descubrió que algo dentro de ella se parecía a un alambre que, aunque delgado, era difícil de romper.

Al pensarlo en frío, entendió que había muchos caballeros de alto rango en el mundo de aquel entonces que se casaban con

mujeres bellas del interior, incluidas *maiko* y geishas, mientras enviaban a sus antiguas esposas a sus ciudades natales como si fueran sandalias de paja gastadas. La franqueza y honestidad de Tomo le habían valido la confianza del gobernador Kawashima y de su esposa, de modo que no tenía por qué pensar que Shirakawa habría de hacer algo tan osado con ella. Sin embargo cuando recordaba que su esposo había perdido la cabeza por Suga ya no estaba tan segura de que no fuera capaz de idear un plan para sacársela de encima. Según las leyes familiares previas a la Restauración de 1868, la distinción entre esposa y concubina era incuestionable. En la actual época post Restauración, sin embargo, cuando los jóvenes samuráis de los clanes de Satsuma y Chōshū se habían convertido en funcionarios de gobierno y los hombres seguían ciertos ideales cuestionables —“cuando ebrios, dormir en el regazo de una bella mujer, y cuando sobrios, aprehender las fuerzas del mundo”—, el lugar de una esposa estaba aferrado a la imagen de su marido como si se tratara de una endeble enredadera.

En ocasiones, Shirakawa mostraba un afecto tan descarado hacia Suga que Tomo había pensado varias veces en llevarse a Etsuko de vuelta a su lejana y natal Kyūshū con aquel dinero bajo el brazo. Sin embargo, imaginar el futuro de su hija, que había crecido tan hermosa, le impedía tomar esa iniciativa. Para su fortuna, Etsuko se había hecho amiga de Suga y su padre la amaba. Tomo se había convencido de que debía soportar esa situación, pues Etsuko crecería mejor como la hija rica de un padre poderoso que como alguien viviendo en la pobreza de la campiña de Kyūshū.

Incluso ante circunstancias que la enloquecían, la prudencia y sabiduría de Tomo la llevaban siempre a pensar en lo mejor para su hija. También en lo mejor para Shirakawa. Más allá de lo talentoso que fuera él, no tener a su lado a su esposa honesta y ceremoniosa seguramente lo llevarían a cometer,

en algún momento, un error irreparable en su posición como funcionario público. Tomo, que sabía que la personalidad beligerante de su esposo le había generado un gran número de enemigos, comenzó a contemplar esos rasgos suyos desde una cierta distancia. De a poco dejó de ser la esposa que confiaba y obedecía incondicionalmente a su marido para convertirse en una mujer capaz de juzgarlo como una persona más, con toda la frialdad del mundo. No había recibido educación formal y nadie le había enseñado a reflexionar sobre los demás; por otro lado, su piel femenina estaba enraizada en su hogar y paralizaba los instintos que brotaban bajo su carne. Regida por estas características, Tomo había vivido, con determinación y sin rodeos, bajo el estricto código moral de las mujeres de la era feudal, según el cual debía ser virtuosa y sacrificarlo todo por su esposo y por sus hijos. Ahora, sin embargo, una desconfianza hacia ese código empezaba a nacer dentro del corazón de Tomo.

Cada día y cada noche tenía que enfrentarse a la mujer que podría reemplazarla en su lugar de esposa, debía hablar con ella como si nada. ¿Cómo convencerse de que esa vida era la que el sentido común designaba correcta? ¿Cómo respetar y amar a un esposo tan inmoral y egoísta que, durante todos esos años, no había valorado su pasión ardiente y devota más que como la mera fidelidad de un sirviente? Un esposo así no merecía su amor, y una vida como aquella era una mentira atroz. Despojada cruelmente del marido al que debería servir y del hogar al que debía atender, se imaginó en un erial salvaje y estéril, desesperada y asida con fuerza al cuerpo pequeño de Etsuko, sabiendo que, de caer, no podría volver a levantarse jamás. Los kimonos decorados con las insignias de la familia y la adulación sedosa de los demás ya no le bastarían para sobrevivir. Aunque Shirakawa la había traicionado tantas veces, Tomo habría querido

cerrar los ojos y regresar al tiempo en que aún confiaba en el amor de su esposo, pero una fuerza que fluía como un torrente y que no se detenía la acarrearba lejos, y lo único que podía hacer era contemplar el agua distante de ese recuerdo con un suspiro profundo.

Tomo se reconectó con sus deberes conyugales incluso con más fuerza que antes. Se aseguró de contener todo impulso y de no mostrar siquiera una hebra de cabello fuera de lugar. De ninguna manera iba a convertirse en la sombra oscura del amor de su esposo hacia Suga. Así, cuanto más bella se mostraba la joven, más autoridad ostentaba Tomo en los hombros y la espalda; se sentaba inmóvil en medio de la habitación de té al punto que incluso las criadas y los sirvientes, que tanto la conocían, se quedaban mirándola incrédulos. Algo imponente en su figura silenciosa repelía todo engaño y toda mentira, y generaba incluso más temor que el mismísimo Shirakawa.

Tomo recibió una carta de su madre desde su ciudad natal. Aunque no le había dicho nada de lo que estaba ocurriendo, un pariente de ambas, que se había hospedado en casa de alguien cercano a Shirakawa y trabajaba en la oficina de la prefectura, había escuchado el chisme y lo había llevado de vuelta a Kyūshū. La madre de Tomo, angustiada por lo que su hija debía estar sintiendo al tener que vivir con la concubina de su esposo, envió una carta torpemente escrita.

En ella decía que Tomo debía estar agradecida por tener un esposo tan exitoso como Shirakawa, algo que ninguna otra mujer de la familia podía ostentar; que era normal que un hombre talentoso y siempre acostumbrado a vencer tomara una concubina, y que, en todo caso, ella debía asegurarse de retener el amor de su esposo a toda costa; que entendía que algo así, viniendo de alguien que tenía dos hijos, Michimasa y Etsuko,

podía parecer irresponsable, pero que no debía permitir que un disgusto producto de los celos la arrastrara junto con sus hijos a las profundidades de la miseria. Con manchas, borrones y caracteres desiguales, la carta era difícil de leer, pero no quedaban dudas de que estaba escrita con los desbordantes sentimientos de una madre por su hija. Mientras leía, Tomo se sintió como una niña que escuchaba los susurros de su madre anciana y no pudo contener unas lágrimas que traían de vuelta a su pecho la amargura de un presente que había desaparecido momentáneamente. Sin embargo, más allá de las emociones que le transmitían, las palabras de su madre no eran más que vestigios de una moralidad antigua que ella ya había refutado y descartado. Lo único que le aportó un nuevo hábito de vida fueron las últimas cuatro o cinco líneas.

Este mundo efímero, esta tierra de deseos malvados y pedestres, está lleno de dolor y de penas incomprensibles para la mente humana... No nos damos cuenta y cometemos pecado tras pecado... Solo podrá salvarnos la creencia incondicional en Amida Buda, debemos entregarle todo y no olvidar rezarle cada mañana y cada noche... Hija, antes de morir quiero reencontrarme contigo y hablarte de mi fe... Espero que, si Yukitomo lo permite, puedas visitarme en casa...

Al leer esto, Tomo recordó la imagen de su madre, inclinándose cada mañana ante el altar familiar y entonando el *Namu Amida Butsu* en la casa de su pueblo natal, el cual creía haber olvidado hacía tiempo. Aferrada a la rodilla de su madre, la pequeña Tomo levantaba la cabeza y veía cómo aquellos labios maternos se movían, no pronunciando palabras comunes y corrientes, sino recitando, de forma inconsciente y

mecánica, las plegarias del Sutra. Tomo había recitado el *Namu Amida Butsu* imitándola, pero ya habían pasado muchos años desde la última vez en que había invocado aquel nombre sagrado. En algún momento, todo lo referido a Buda y a Amida comenzó a parecerle una gran mentira para engañar a los niños; incluso cuando leyó en la carta de su madre que debía “entregarle todo” a Buda le irritó no saber qué era aquello que debía ofrendar. Si existían entidades como Dios o Buda, capaces de observar de forma omnipresente al mundo humano, debían poder abrir caminos luminosos para alguien como ella, que se esforzaba al máximo por llevar una vida honesta. Y, aun así, a pesar de esos sentimientos escépticos, Tomo decidió cumplir el deseo de su madre y regresar a su tierra natal ni bien tuviera la oportunidad. Sintió que debía escuchar aquellas últimas palabras que su madre no había podido poner por escrito.

Durante la siguiente primavera, el gobernador Kawashima fue asignado Director General de la Policía Metropolitana, y Shirakawa Yukitomo también fue transferido a Tokio junto con su familia a una residencia oficial en Soto-Kanda. Tomo, que debió solicitar una copia del registro familiar para realizar el cambio de escuela de Etsuko, soltó un grito ahogado e incontenible cuando posó sus ojos sobre el documento. El nombre de Suga figuraba seguido del de Etsuko como hija adoptiva de Shirakawa Yukitomo y esposa.